

más de las veces, sin fundamento, y no advertencias seguras de lo que ha de suceder; porque no doy a nuestra inteligencia, o si se quiere al alma, la facultad de antever los acontecimientos y de leer en lo futuro. Confieso sin embargo, que en ciertos casos nuestra inteligencia puede juzgar que si hacemos tal o cual cosa, que si damos tal o cual paso, nos resultará un bien o un mal, pero es esto caso aparte, y por lo mismo repito que no creo que ningún movimiento, ningún sentimiento interior pueda pronosticarnos con certéza los acontecimientos venideros; por ejemplo, que si voy a Bogotá hallaré allí la muerte, una enfermedad o cualquier otro accidente funesto. No hago caso, pues, de tales presentimientos; mi razón los rechaza, cuando sobre ellos no puede mi reflexión calcular las probabilidades o que éstas están más bien en su contra. Sé que Sócrates, otros sabios, y varios grandes hombres no han despreciado sus presentimientos, que los han observado y han reflexionado sobre ellos, y que más de una vez han dejado de hacer lo que hubieran hecho sin ellos; pero tal sabiduría yo la llamo más bien debilidad, cobardía o, si se quiere, exceso de prudencia, y digo que tal resolución no puede salir de un espíritu enteramente despreocupado. Dicen que